

Una historia muy diversa y muy extensa

Independencia: historia diversa

Bernardo Tovar Zambrano

(Editor)

Universidad Nacional de Colombia,

Facultad de Ciencias Humanas,

Departamento de Historia,

Bogotá, 2012, 648 págs., il.

EL LIBRO es hiperconmemorativo; conmemora los cincuenta años del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia y conmemora el Bicentenario de la Independencia del dominio español. Un libro colectivo de ensayos de algunos de los profesores actualmente vinculados a ese departamento, con la Independencia como tema central, parece que logra muy bien el objetivo de la doble conmemoración; a eso agrega una lección sobre las condiciones presentes de la historiografía colombiana y, en particular, de lo que es en estos tiempos una unidad académica de historiadores profesionales vinculados a la institución universitaria pública de mayor trayectoria en Colombia. El editor, Bernardo Tovar Zambrano, maestro de varias generaciones y acostumbrado a estos retos, atinó con el título del libro porque deja enunciada la condición muy diversa de los oficiantes de la disciplina histórica reunidos en el departamento de historia más antiguo en el ámbito universitario colombiano. En las advertencias de su prólogo es, además, enfático; el “significante Independencia” ha sido abordado “desde varios lugares historiográficos, enfocado y diferenciado desde diferentes puntos de vista”. Con esa advertencia se lee y entiende con más facilidad la naturaleza del libro y nos ayuda a sacar algunas conclusiones.

La edición es de lujo y cada artículo tuvo una ilustración esmerada y apropiada según el tema. Pero son muchos ensayos y muy diferentes como para no advertir diferencias sustanciales, quizá altibajos y, a medida que se avanza, algunos descuidos en el proceso de corrección. Ante tanta variedad, creo que es injusto salir del paso con una ponderación genérica de la obra, y no veo mejor camino que tomar cada ensayo y valorarlo, así de modo muy somero.

Luego veremos que nos deja la obra en su conjunto.

El primer ensayo, de Ricardo Sánchez Ángel, es un esfuerzo por presentar una visión sintética de los movimientos sociales anteriores a la independencia, con especial énfasis en las luchas de resistencia de los indígenas y de los esclavos provenientes de África. El ensayo es ambicioso al querer abarcar la América del Sur; aunque está bien sustentado en una bibliografía pertinente y clásica, no constituye una innovación y tal vez merezca apreciarse como un buen ejercicio didáctico de síntesis.

Sigue el ensayo de José Antonio Amaya, consagrado al examen de los libros de historia natural de la biblioteca de José Celestino Mutis. El historiador advierte que se trata de un avance de su proyecto de catalogación de la biblioteca del científico gaditano. Las primeras líneas de su ensayo matizan de manera clara el papel que pudo haber desempeñado Mutis en los albores del proceso revolucionario. Precisamente, la tentativa de conocer su biblioteca, dice Amaya, puede ayudar a comprender mejor cuál fue la dimensión de su influjo sobre los criollos ilustrados que estuvieron más inmiscuidos de un modo directo en la revolución de independencia. Más interesante todavía, este ensayo es un buen ejemplo de cómo puede abordarse el estudio de una biblioteca privada; el vínculo entre una historia del libro, una historia de las ideas y una historia política es, sin duda, el elemento más atractivo de este ensayo.

Luego tenemos la contribución del profesor Francisco A. Ortega, quien se inclina por un ejercicio de historia conceptual en el ámbito político; muy cuidadoso, con gran erudición, explica los sentidos del término *constitución* durante la primera república neogranadina. Llega a una conclusión interesante en su análisis: “la voluntad nacional es un acto que precede la existencia de un sujeto nacional. La nación será un producto del acto constituyente, no una expresión de este” [pág. 141].

El ensayo de José David Cortés Guerrero, por su título, hace suponer que se trata de un examen de los sermones de algunos eclesiásticos neogranadinos en los momentos álgidos de la lucha independentista; sin embargo, hay múltiples referencias a otros

lugares de América, lo cual hace pensar que quizá el autor pretendió ir más allá del caso de la Nueva Granada. El contenido, por tanto, no es muy acorde con el título, pero eso no va en desmedro del interesante ensayo. Tal vez hizo falta una mejor visión de conjunto de los textos creados por el personal eclesiástico de la época y cómo estuvieron vinculados esos escritos con los dilemas de la época. También es posible que haga falta una visión de conjunto que nos dé una idea de las tendencias que defendieron aquellos sermones; el ensayo invita a pensar que predominaron los “sermones de la lealtad” que defendieron a ultranza al monarca español. Los sermones, aparte de la filiación con los hechos y los agentes políticos del cambio que se estaba produciendo en aquella coyuntura, expresaban, en común, el deseo de que la religión siguiese siendo “el garante de ambos escenarios: el monárquico y el republicano”. La religión católica no quería perder su lugar prominente en la discusión pública, con o sin monarquía, y eso queda bien demostrado en el ensayo de Cortés.

Pablo Rodríguez quiso entender y explicar los miedos y angustias de los venezolanos en el crucial año 1812. “¿Cómo expresaron, privada y públicamente, los hombres y las mujeres sus miedos ante el terremoto del 26 de marzo de 1812?”. Aquel terremoto acaecido un Jueves Santo sirvió para que la Iglesia católica, otra vez, pudiese aparecer en el espacio público como la institución capaz de orientar un rebaño aturdido por la fuerza de la naturaleza; dice bien Rodríguez: “Una vez más, la Iglesia conseguía ser el centro aglutinador y armonizador de la sociedad. Ofrecía con su prédica y sus sacramentos la protección anhelada por la población. Tras la tragedia del 26 de marzo, el sentimiento de abandono, de orfandad y de culpabilización, la gente volvía a recibir cobijo en la casa del Señor” [pág. 202]. Quizá muy detenido en la obra clásica de Jean Delumeau, estamos ante un ensayo que descifra los miedos en la encrucijada política de la crisis de la monarquía.

Bernardo Tovar Zambrano ofrece, en la primera parte de su ensayo, una lectura detallada del periódico *La Constitución Feliz*, cuyo único número apareció el 17 de agosto de 1810, bajo

la dirección de Manuel del Socorro Rodríguez. Se ha detenido a examinar allí lo que él llama un “relato de heroización”. Tal vez se quede corto en acudir a ese relato porque precisamente fue el tipo de relato que los mismos protagonistas rechazaron o, al menos, desecharon con celeridad, por eso el periódico no alcanzó otro número y Rodríguez pasó a un lugar secundario como vocero autorizado de los hechos menudos en aquel trance de la vida pública neogranadina. Fue, más bien, en el *Diario Político de Santafé de Bogotá* en el que ese relato de heroización tomó vuelo con una decidida exaltación de un “nosotros” que se hacía dueño del espacio público. La relación en tercera persona, escrita por Rodríguez, esa distancia narrativa no satisfizo a los criollos implicados en la gestación de aquella nueva situación política. Pero hay que reconocer que esto ocupa apenas la primera parte del ensayo de Tovar Zambrano; su análisis va hasta testimonios de 1819, algunos de ellos registrados en el *Correo del Orinoco*. Logra demostrar que la prensa y la libertad de imprenta fueron elementos definitivos en la puesta en circulación de un sistema de valores que le concedía un lugar primordial a un nuevo personal político responsable de la construcción del entonces incipiente sistema político republicano. No fue después de la guerra de Independencia, sino en medio de ella, que hubo un ejercicio de autoconciencia y de expansión publicitaria de unas categorías de heroicidad que contribuyeron, sin duda, a legitimar la presencia de un nuevo personal político en el espacio público. Hubo una disputa discursiva, una lucha simbólica, además del cruento recurso de las armas, para imponer unos hombres sobre otros, para imponer unas fidelidades sobre otras.

Este primer grupo de ensayos me hace pensar que hubiese sido posible orientar al lector con unas divisiones temáticas; en todo caso, estos primeros ensayos contienen afinidades que pudieron haber quedado, editorialmente, enlazadas como una parte bien definida de este libro colectivo. Pero sigamos, mejor, en la presentación menuda de cada ensayo.

Darío Campos Rodríguez se encargó de examinar la obra de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*,

como una fuente histórica que podía suministrar testimonios acerca de las enfermedades y los métodos curativos en la época de Simón Bolívar. Aquí es evidente la importancia que se le concede al vínculo entre literatura e historia; pero queda también, aunque menos evidente y menos examinado, el valor que adquiere el método de creación literaria en nuestro premio nobel; un método que, al parecer, no fue lejano de los ardidés del oficio de un historiador. Para Campos, *El general en su laberinto* sí es, definitivamente, una fuente histórica que permite conocer aspectos de la vida cotidiana de una época; pero, aún más, el historiador percibe y valora en el libro de García Márquez que haya construido un héroe que “suscita compasión y afecto”. El Bolívar de nuestro Gabo, dice Campos, “es pasión” [pág. 288].

Después tenemos un largo ensayo de Estela Restrepo Zea que describe el intrincado proceso de la medicina militar, entre 1790 y 1830. Aquí no hubo piedad con el lector. No se sabe bien qué pretendía demostrar la autora. ¿Que hubo hospitales militares durante la guerra de independencia? Puede ser una de las cosas relevantes de este ensayo; la autora nos propone, o nos obliga, a hundirnos en una frondosa letra menuda para poder atar cabos. Los cambios en la medicina española tuvieron incidencia en las prácticas médicas en lo que era el Nuevo Reino de Granada; queda claro que hospitales, cirujanos, libros de medicina, dietarios acompañaron a los ejércitos enfrentados durante la guerra de independencia. Para entonces, ya era costumbre tratar de atender, a pesar de las circunstancias, las enfermedades que podían aquejar a las tropas. Podemos conjeturar que hubo una preocupación por humanizar la guerra, por evitar pérdidas humanas, cuando la autora afirma: “entre 1815 y 1819, los hospitales militares fueron una de las piezas principales en la organización de la retaguardia –el refugio itinerante para resistir y vencer– porque la despena de alimentos y la sanidad o la falta de ellos, marcaban el desenlace de la contienda” [pág. 316]. La documentación es irreprochable, pero se trata de un texto profuso que debió ser adaptado a una condición más divulgativa. Parece un capítulo de un estudio

de mayor aliento. No hay ni introducción ni conclusión dignas de destacar, porque, simplemente, la autora no se preocupó por hacerlas.

Los ensayos de Heraclio Bonilla y Óscar Rodríguez están en el registro de la historia económica. Según Bonilla, Colombia “fue el primer país de la América latina en emprender la ruta del endeudamiento”, por dos razones elementales que él se encargó de explicar: “el estancamiento de su economía y los crecientes gastos incurridos en el financiamiento” de la guerra de independencia [pág. 341]. Una economía en su origen muy débil; una república nueva que nace endeudada. Así comenzó una relación de “clara subordinación”. Mientras tanto, Rodríguez explica qué sucedió con la moneda “en tiempos de la transición política” [pág. 358]. El ensayo contiene una larga digresión, de importancia erudita sin duda, necesaria para entender la importancia de la moneda como una invención social; apoyado de manera especial en la Escuela de los Annales, dice que la moneda ha sido “una forma de expansión del orden político y de los intereses sociales que lo acompañan”; y quizá nos atrevamos a agregar que expresa las condiciones de funcionamiento de un aparato estatal. Ese aspecto lo desarrolla, en buena parte, cuando se detiene en el análisis de los propósitos del régimen borbónico cuando quiso establecer una unificación monetaria en sus posesiones de ultramar. El vínculo con la fiscalidad hace más rotundo el vínculo con la cuestión estatal o con lo que el autor llama “las relaciones de dominación política y económica”. En la página 394, Rodríguez parece encontrar el pleno sentido de la importancia del Estado para su análisis: “Los ingresos fiscales sirven para mantener el aparato burocrático civil y militar, defender el monopolio comercial establecido (...) y mantener la nobleza parasitaria” [pág. 394]. Pero más interesante, a mi modo de ver, es cómo examina el periodo de 1810 a 1821; el proceso de emancipación crea un desorden administrativo, un desbarajuste fiscal, un problema de legitimidad en el control monetario, dificultades para recaudar impuestos. La búsqueda de una nueva legitimidad política pone en suspenso el funcionamiento de un sistema monetario, de una regulación fiscal. Las

Cajas Reales quedan en manos de los poderes locales. Aparecerán monedas provisionales y provinciales. La situación de la moneda, según este ensayo, trasluce la situación cambiante de la soberanía política.

El aporte de Lucía Duque Muñoz no está lejos del examen de la condición cambiante del Estado durante la coyuntura revolucionaria; ella se detiene en el significado de la geografía y la cartografía en una etapa fundacional del Estado, “en el proceso de poner a andar el orden político y administrativo”. Dicho de otro modo, la autora pondera la importancia de una operación totalizadora como fue aquella de fabricar la ilusión del control del territorio y la población mediante la elaboración de mapas. Un mapa es un objeto que evoca la existencia de un Estado o de al menos una intención de control sobre la sociedad. Este ensayo hace notar que uno de los grandes dilemas de la dirigencia política de los primeros decenios republicanos fue establecer las coordenadas de una soberanía territorial. Estamos, según Duque Muñoz, ante las primeras tentativas de matematización de las tareas estatales.

Basándose en algunas premisas provenientes de la Escuela de Fráncfort, y de manera más reciente en la obra de Zygmunt Bauman, el profesor Max S. Hering Torres discute la siguiente cuestión: “¿Reprodujeron los principios de igualdad y libertad paradójicamente mecanismos de inequidad?” [pág. 445]. Para responder, se remonta, en forma obligada, a la sociedad colonial para mostrar cómo era de rígida la estructura social. Hering se detiene, como han hecho otros investigadores, en el pensamiento de los criollos ilustrados y analiza cómo reprodujeron, con el ropaje discursivo de la ciencia de la época, sus concepciones de una sociedad diferenciada por aspectos raciales. Eso le sirve como precedente para tratar de examinar qué sucede con el principio político de la igualdad a partir de 1810. El autor se detiene, con particularidad, en precisar cómo la esclavitud siguió existiendo después de 1810 y era incluso animada por los avisos de prensa de la época. La igualdad política fue más un principio abstracto que una práctica cotidiana de la vida pública en el nuevo espacio

político de la posindependencia. Por eso concluye, entre otras cosas, que “el proceso independentista aspiraba a edificar una sociedad distante de la colonial, pero no tenía interés en una participación económica o política de los sectores menos privilegiados” [pág. 472]. No obstante, admite que emerge un momento ambiguo de discusión de la condición de todos los individuos en el nuevo orden político. Un nuevo orden que pretendía ser controlado por la élite criolla ilustrada.

“La independencia, entendida como la ruptura de los lazos coloniales con España y la creación de una nación bajo el molde republicano, no significó mucho para los indígenas colombianos en su momento y tampoco ahora, porque no se sienten parte de la nación que los ha excluido” [pág. 480]; esto afirma en su contribución Mauricio Archila Neira, quien intenta además establecer qué grado de participación han tenido los indígenas, sobre todo los situados en el Cauca, en los procesos políticos y militares asociados con la independencia. El ensayo se debate en dos asuntos muy diferentes, en querer mostrar una memoria indígena sobre su propia presencia en la vida pública colombiana y lo que las élites políticas han diseñado como instrumentos de control de la población y los territorios indígenas. Dos asuntos que debieron estar mejor diferenciados y no confundidos en un mismo ensayo. Esas “visiones elitistas” ya han sido objeto de otros análisis, aunque el autor agrega otros elementos de importancia. El autor no tuvo en cuenta, para una visión de conjunto del problema, el libro más o menos reciente de Luis Carlos Castillo, *Etnicidad y nación. El desafío de la diversidad en Colombia* (Universidad del Valle, 2007).

El historiador César Augusto Ayala Diago explica cómo el conservatismo colombiano del siglo XX, tan hispanófilo, tan amante de la madre patria española, exaltó la figura de Simón Bolívar, el héroe de la lucha contra el dominio español en América. Explica muy bien cómo, pero no por qué. Por qué fue Bolívar un mito adyacente del conservatismo colombiano, y no Santander; eso tiene que ver, más bien, con lo que esas dos figuras, enfrentadas en el decenio de 1830, alcanzaron a insinuar como proyectos políticos. Para el

conservatismo colombiano, añadimos, pervive la evocación de un Bolívar como un caudillo con vocación monárquica y aliado con la Iglesia católica contra los excesos liberales del benthamismo aupado por los santanderistas. Ayala Diago, un historiador siempre prolijo en fuentes y con excesivo culto al detalle, afirma de manera clara que hubo, para los dirigentes conservadores del siglo XX, una persistente asociación entre la figura de un Bolívar casi omnímodo y lo que expresaron, en su momento, Mussolini, Franco y Hitler.

Paolo Vignolo y Óscar Murillo Ramírez cierran el extenso libro con un ensayo acerca de lo que ha significado la espada de Simón Bolívar en las disputas políticas contemporáneas; es decir, cómo ha sido el uso de la memoria y las discusiones en la representación histórica del legado del Libertador. Los discursos de las guerrillas colombianas, del régimen chavista, del gobierno uribista, han estado teñidos de alusiones directas e indirectas a la espada de Bolívar; socialismos, nacionalismos han buscado su unción en algún elemento del pensamiento o de la acción de quien pareció reunir cualidades de estadista para la fundación de un sistema político que subsiste, con sus accidentes y perversiones, hasta hoy. El punto de partida del ensayo es el episodio del robo de la espada, el 17 de enero de 1974, que anunció la irrupción del movimiento M-19. Luego la guerrilla de las Farc quiso identificar su lucha con un renovado proyecto bolivariano; después vino el uso y abuso en el discurso pintoresco del chavismo y en las posiciones autoritarias que Álvaro Uribe Vélez exaltó en su larga presidencia, entre 2002 y 2010. Estamos, pues, ante una reserva simbólica de uso múltiple y contradictorio; Vignolo y Murillo han logrado demostrar que tan solo la espada de Bolívar ha sido un “instrumento de la querrela política contemporánea” [pág. 616], que uribismo y chavismo han disputado, con sus peculiares métodos de comunicación, versiones acomodadas e interesadas de Bolívar: “En el caso venezolano, dicen los autores, estamos frente a la apoteosis de la egolatría caudillista... en el caso colombiano más bien a la puesta en escena de dispositivos autoritarios” [pág. 617].

El libro logra reunir otra tanda de ensayos que podrían haber sido anudados en torno a los problemas relacionados con la memoria y la disputa por las representaciones. Es decir, visto ahora en conjunto, el libro hubiese sido susceptible de dos grandes divisiones temáticas que orientaran al lector. En todo caso, pasada la prueba de la lectura, queda en evidencia que estamos ante una historia muy diversa. En un libro se han reunido formas de ejercer un mismo oficio; historiadores con muy diversas preocupaciones e inclinaciones hallaron un punto de convergencia, pero cada uno dejó su impronta porque pudo contribuir con lo que sabe hacer. Historiadores con intereses muy disímiles que hicieron el esfuerzo de ocuparse, de modo momentáneo, de algo que no ha sido, en muchos de ellos, su principal tema de preocupaciones. Eso ya es un dato relevante, la Independencia no es, en la historiografía colombiana en general, un tema atractivo que se haya abordado con sistema. Fue, más bien, un tema que afloró en el último decenio y, claro, estuvo marcado por la llegada de esta etapa conmemorativa. En los últimos años se han publicado compendios de fuentes documentales, ejercicios biográficos, convocatorias de eventos y algunas investigaciones muy enjundiosas que han hecho que se mire el proceso de separación de los antiguos dominios españoles en América con todo el arsenal interpretativo que proviene de las innovaciones relativas de una disciplina que se ha ido consolidando institucionalmente en los departamentos de Historia.

Por último, una inquietud. El libro es extenso en exceso, lo que lo hace muy exigente para cualquier lector. Me pregunto, entonces, si no habría sido más sensato pensar en dos libros temáticamente bien separados; por lo menos la materia contendida en este libro era susceptible de algunas divisiones sin necesidad de grandes justificaciones o volteretas conceptuales. Publicar un libro primero y después otro habrían sido dos buenas dosis de ensayos de un departamento de Historia consolidado y que sigue siendo, para muchos, un punto de referencia ineludible en el devenir de una disciplina joven y de unas ciencias sociales que, en Colombia, todavía tienen mucho que

acumular para constituir una tradición gruesa y respetable.

Gilberto Loaiza Cano